

que no es lo mismo ser rechazado que no aceptar. Quiso darme explicaciones, pero dije que no era necesario. De hecho, cada segundo que pasaba acrecentaba mi alivio. Pese a todo, la mujer insistió. Es por mi marido, dijo sin mirarme. Es muy celoso. Según parece, cuando le contó al marido que el profesor particular era un chico joven, más joven que ella (y que él), montó en cólera. El marido esperaba a un jubilado tal vez, o a un monstruo deforme, como una variación de Quasimodo, o a alguno de esos personajes ambiguos que el costumbrismo sitúa entre el afeminamiento o el celibato, no lo sé, lo cierto es que, cuando supo que el profesor de lenguas clásicas era un joven de veintitrés o veinticuatro años, se negó a aceptar el procedimiento pedagógico. Ha puesto una condición, dijo la mujer: que el profesor particular de griego sea profesora. La estoy buscando, añadió. Intenté quitar importancia al asunto, al menos en lo que a mí se refería, y desvié la conversación. ¿Es que no se fía de ti?, pregunté. No es que no se fíe, dijo, es que piensa que tres horas a la semana los dos solos tienen que desembocar necesariamente en lo que imagina. No se fía de mí entonces, dije. No, respondió, no se fía de un hombre y una mujer a solas. Cuando se acabó el café, me levanté para irme. ¿Más café?, preguntó. Entendí que era una forma de pedir perdón, de resolver amistosamente nuestro acuerdo, y, aunque yo no quería irme con descortesía, tampoco me apetecía seguir hablando y escuchando intimidades o miserias. No, dije, mejor voy. La mujer me acompañó hasta la puerta y me dio la mano. Es una pena, dijo, podíamos haber hablado de muchas cosas y estoy segura de que habría aprendido mucho griego. Insistí en que no se preocupara. Entonces, sin soltarme la mano, me dio un beso en la mejilla. Adiós, dijo. Pero seguía sin soltar mi mano. Algo debió de cruzar de pronto por su mente, una luz fugaz, una ocurrencia traviesa. No sé. Entonces me miró y me dio otro beso, muy suave, con los ojos llorosos y el cuerpo estremecido. Yo me quedé inmóvil, perplejo, indeciso. Ven, dijo. Y, como quien es conducido con resignación al matadero, como quien se presta a un sacrificio inaplazable, caminé delante de mí, llevándome de la mano, hasta el dormitorio, donde entramos como dos adolescentes indefensos e inofensivos. A las doce y media me dio la mano por tercera y última vez en la puerta de la casa. Si hubiera sido mi profesor de griego, esto no hubiera ocurrido, dijo. Y me pidió un favor: que lo recordara siempre y que nunca lo contara. Se lo prometí. Incluso hice un juego de palabras con la traducción de las partículas del jueves anterior: μέν, γάρ, δέ, y el marinero de la historia inmortal. Nunca te olvidaré, fue lo último que dijo. Salí de la casa y me encaminé hacia la camioneta. Durante todo el trayecto me bailó en la mente la imagen de la mujer, un rostro que se ofrecía con una tristeza infinita y con una melancolía inagotable a una acción imprevista. Creo que nunca me he sentido tan triste como entonces. No me vais a creer, pero cuando me senté en la camioneta, mientras iba recorriendo por cuarta y última vez aquellos desmontes, dando tumbos por aquellos descampados, sorteando los confines de la ciudad, iba llorando. Volver a referir. Lo confieso con vergüenza. Las lágrimas no me dejaban ver con nitidez la miseria del paisaje ni la suciedad ingrata de tanta desventura. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, dice Aquiles. Pues tened por seguro que nunca me ha ocurrido nada tan triste, que de nada me he sentido tan culpable, que nada me ha procurado tantos remordimientos. Cada vez que me acuerdo de aquella mujer, todavía, al cabo de treinta y tantos años, se me hace un nudo en la garganta, me entra un extraño hormigueo y me suben de no sé dónde una compasión y una piedad inagotables, un sombrío desconsuelo. Por esa desazón lo cuento.

La nueva edición del festival Visa pour l'Image convoca en Perpiñán durante cinco días a los aficionados al mejor fotoperiodismo

Fotos que son verdad

ÓSCAR CABALLERO

Perpiñán. Servicio especial

La realidad incita al arte: del terremoto telúrico en Japón al seísmo político en los países árabes, el siglo XXI prosigue un alocado ritmo del que Visa pour l'Image, la fiesta del fotoperiodismo de Perpiñán, es testigo generoso –entrada libre a las exposiciones– desde 1989.

En esta 23.ª edición, siempre bajo la dirección de Jean-François Leroy, 26 exposiciones –tres son de fotoperiodistas españoles–, proyecciones nocturnas en el camposanto del lunes hasta el 3 de septiembre, mesas redondas y muy especialmente, del 12 al 16, y como en cada edición, recepción de unos 6.000 escolares de las dos Catalunyas, pondrán la imagen más cruda de la actualidad al alcance de todos.

“Las nuevas tecnologías, la imagen digital y la crisis han redefinido la imagen de la profesión”, según Jean-Paul Griollet, presidente de la asociación Visa pour l'Image. Griollet matiza: “Disminuyó la presencia de la foto en la prensa; pero se multiplicaron los soportes. Y a los profesionales se suman aficionados. Hoy todo el mundo hace –o pretende hacer– fotoperiodismo”. Interés ampliamente compartido: en el 2010, Visa libró 3.000 acreditaciones y sus exposiciones recibieron a 225.000 visitantes.

La foto no soporta medias tintas. “La prensa escrita recurre cada vez más al condicional –señala Leroy–, pero en la foto no hay *habría* ni *tal vez*. Por algo lloramos hoy a Lucas Dolega, Chris Hondros, Tim Hetherington y Anton Hammerl, nuevas víctimas del oficio”.

La realidad de Visa excluye la realidad: no hay imágenes de las tres bodas más o menos reales del año. Pero una mesa redonda –convocada por el semanario *Elle*–, el viernes, discutirá el llamado caso Strauss-Kahn, la controvertida historia del ex todo, con su corolario de “conducta machista y acoso en empresa”. Y esta duda: “¿Estamos dispuestos –mujeres y hombres– a sacar a Francia del estereotipo?”.

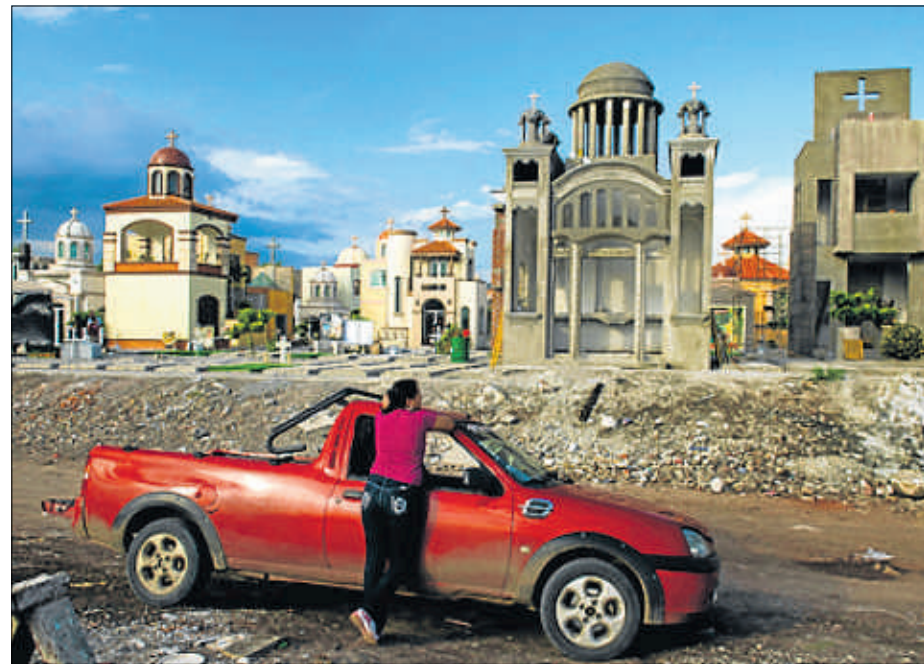
Como en todo certamen, hay numerosos premios. Un jurado –con Pepe Bae-

za, de *La Vanguardia*– discute los méritos de cuatro candidatos para cada premio, con el Visa de Oro de prensa diaria (*La Vanguardia* lo ganó en 1998) disputado por 28 candidatos y un trío de finalistas –incluye al español Ybarra Zavala– para el reservado a las revistas.

Y, también como en todo encuentro profesional, la oportunidad de intercam-

bios, con tres días de clases magistrales, reservadas a medio centenar de profesionales. Además de Ybarra Zavala (*Colombia, el eterno desgarramiento*), Catalina Martín Chico (*Cosmos: primer km² de libertad en Yemen*) y Fernando Moleres (*Encarcelamiento de jóvenes en África*), son los españoles con exposición.

Y otras dos muestras, la de Yuri Kozy-



SHAUL SCHWARZ / GETTY IMAGES

El lujoso cementerio de Humaya, donde reposan varios narcotraficantes

EL DATO

De la precariedad a las mujeres

El viernes, Anastasia Taylor-Lind, Jan Banning y Cédric Gerbehaye recibirán las becas FNAC –8.000 euros– de apoyo a fotoperiodistas en un periodo difícil. Al día siguiente, una holandesa, Ilvy Njiokitjien, obtendrá la misma cantidad, por el premio Canon a la mujer fotoperiodista. Su tema: adolescentes afrikáners, tras la desaparición del apartheid.

rev (*Time Magazine*), sobre las llamadas primaveras árabes y la de Martina Bacigalupo (agencia Vu), quien a partir de los sufrimientos de una mujer revisa la violencia cotidiana en Uganda, son coproducciones del CCCB, el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.

El reportaje de Martín Chico se llevó ya, en junio, un flamante Visa de Oro Humanitario, otorgado a partir del 2011 por la Cruz Roja. Según subrayó el presidente del jurado –y embajador, novelista, pionero de Médicos sin Fronteras, académico francés– Jean-Christophe Rufin, “además de sus cualidades estéticas y su fuerza emocional, el reportaje no sólo muestra el sufrimiento de las poblaciones; también, el profesionalismo y coraje del personal que las auxilia”.

CRÍTICA DE DANZA

En la playa

Somorrostro. *Cia Trànsit Dansa*

Idea original, coreografía y dirección: Maria Rovira

Dirección musical: Javier Gamazo

Lugar y fecha: Teatro Condal (25/VIII/2011)

JOAQUIM NOGUERO

Después del diálogo con el flamenco que Trànsit estableció hace un año, en *Paso distinto*, con la compañía del Conservatorio Superior de Granada, Rovira estrenó esta otra pieza, *Somorrostro*, que ha vuelto ahora al Dansalona en el Condal. La coreografía suma una decena de escenas teatrales concebidas como una especie de álbum de recuerdos con cierta tendencia al estático esteticismo del *tableau vivant*; y el resultado es

de un tono excesivamente lírico (¿nostálgico?) y de una plasticidad demasiado frontal y de cara a la galería, si lo que se pretende es homenajear a la austera y fuerte personalidad expresiva de gentes como Carmen Amaya, nacida a principios del siglo XX en el populoso barrio barcelonés de barracas a pie de playa.

Como reconocimiento a un legado artístico crecido a contracorriente y que alzó su voz contra la precariedad que lo rodeaba, *Somorrostro* apenas descubre nada, porque hace años que la memoria de Amaya ha sido reivindicada, pervive y es reconocida, o el flamenco no tendría en Catalunya la personalidad singular que tiene. Pero otra cosa distinta es reivindicar la memoria y la identidad (¿?) de las barracas de Somorrostro. ¿De qué memoria hablamos? Un acercamiento de este tipo, con imágenes más decorativas que estéticas sustituyendo la exigi-

ble toma de posición crítica, tan rabiosa como un puñetazo, resulta ingenuo, casi un viaje turístico de postalita en una realidad idealizada por desaparecida, percibida exótica, tan extraña que admite ser domesticada en forma de cliché. No necesitamos clamar por el Somorrostro para reconocer a Amaya y el flamenco catalán, igual que no recordaremos con nostalgia al holocausto porque haya dado lugar a obras de tanto mérito como las de Primo Levi, Arthur Koestler, Jorge Semprún o Joaquim Amat-Piniella.

Los intérpretes de Trànsit son buenos, sus bailaoras tienen garra, pero la coreografía tiene un punto adormecedor en el suave balanceo como de olas que adopta. Olvida la tempestad. Y mejor sería renunciar a que la pieza sea memoria del Somorrostro en lugar de una estilización dedicada a nuestro flamenco. Sin más. Y sin menos.